

**2. Kemp, Tom; *La Revolución industrial Europea del siglo XIX*, Edit. Ariel,
Barcelona, España 1979, Cap. IV. “*El nacimiento de la Alemania industrial*”.
(p. 117-166)**

PRESENTACIÓN DE LA LECTURA

2. **TOM KEMP, "La revolución industrial europea del siglo XIX".** En el capítulo IV de esta obra, "El nacimiento de la Alemania Industrial" el autor, en aproximadamente 50 páginas, describe el desarrollo del capitalismo en Alemania al que considera "tardío" en comparación con los avances alcanzados por otros países de Europa.

Tom Kemp se introduce al tema postulando las siguientes ideas: la atomizada división territorial de Alemania; su posterior unificación debida a la aceleración de la industria; la fuerza militar como instrumento de política nacional; la política de Alemania que conduciría a las dos grandes guerras del siglo XX; el proceso industrial de Alemania que le conferiría al capitalismo de este país rasgos muy específicos. Para desarrollar estas ideas, Tom Kemp habla, tanto de los procesos que obstaculizaron el proceso de industrialización, como de aquellos que permitieron su aceleración posterior.

El autor estudia el desarrollo económico de Alemania diferenciando dos regiones en el territorio, esto es, el Este y el Oeste, cuyas formas de producción varían en forma importante. Con relación al campo, explica el proceso de las Reformas Agrarias, limitaciones y logros. En el desarrollo de la industria, el autor destaca la importancia de la unificación territorial lograda mediante el Zollverein, los bancos, la expansión del ferrocarril y las instituciones educativas con programas acordes con el crecimiento económico de Alemania.

Tom Kemp expone la situación económica y política de los diferentes sectores sociales haciendo evidente el fracaso de la clase media liberal en 1848, y la persistencia del poder de los Junkers (militares terratenientes); la animadversión entre el artesano sobreviviente y el proletariado resignado al crecimiento de la gran industria.

La política de Bismarck, y en sí el papel asumido por el Estado Prusiano en la gestión económica, política y social de Alemania, está ampliamente visualizado por el autor. A través de su exposición, él hace ver tres cuestiones de connotada importancia: el despertar de Alemania en los 40's mediante un proceso económico desigual, y con éste el camino o la vía seguida por el capitalismo de Alemania en el que se articulan formas avanzadas con formas atrasadas. Por último las características contradictorias del Estado que van del absolutismo al paternalismo, y a la inversa.

4. El nacimiento de la Alemania industrial

Tom Kemp, La revolución industrial europea del siglo XIX, Edit. Fontanella, Barcelona España 1979, Cap. IV " El nacimiento de la Alemania industrial".

En el curso de una sola generación, Alemania pasó de ser una colección de estados económicamente atrasados que formaban un conglomerado político en el centro de Europa, a constituir un imperio unificado de rápido avance gracias a una industria en acelerada expansión y fundada sobre una adelantada base tecnológica. Esta transformación, al estar acompañada por un recurso deliberado a la fuerza militar como instrumento de política nacional y por un nacionalismo exacerbado, representó un acontecimiento de importancia histórica capital. Desde un punto de vista político, se abría una nueva era para Europa, que iba a llevar a las dos grandes guerras del siglo XX. Desde una perspectiva económica, iba a hacer surgir un nuevo monstruo industrial, capaz de tomar las riendas del continente y desafiar la posición alcanzada por Inglaterra en los mercados mundiales.

Las circunstancias dominantes antes y a lo largo del proceso de surgimiento industrial alemán, confirieron al capitalismo de este país sus rasgos específicos. Estos incluían, hablando someramente, una alta concentración de poder económico en las industrias avanzadas, una asociación estrecha entre industria y bancos, así como la combinación de una estructura institucional tradicional y arcaica con las formas

más desarrolladas de capitalismo. Se trataba de una mezcla dinámica, por no decir explosiva. Intentaremos en este capítulo esbozar y explicar su formación. El acento estará colocado, pues, sobre las peculiaridades del desarrollo económico alemán.

El primer problema hace referencia a las fuerzas demorantes de la Alemania preindustrial. No se trata de esbozar las características del subdesarrollo de un caso ordinario; Alemania no era en el siglo XVIII un país subdesarrollado en el moderno sentido de la palabra. Durante mucho tiempo Alemania había estado contribuyendo ya al acervo de la tecnología europea. Sus puertos, sus ciudades comerciales y banqueros mercantiles habían jugado en otra época un papel relativamente importante en el crecimiento económico de Europa. Las exigencias de la Reforma habían sido formuladas en primer lugar por los alemanes. La tradición intelectual iniciada por ella florecía aún; las contribuciones alemanas a la filosofía, la literatura y la música eran de un peso específico y calidad impresionantes. A pesar de ello, no hay duda de que Alemania se encontraba económicamente atrasada en comparación con los centros comerciales del noroeste de Europa. En realidad, sólo unas pocas zonas de Alemania, que se encontraban lo suficientemente cerca como para sentir el estímulo de dichos centros de desarrollo, mostraban algunos síntomas de rompimiento con la rutina y la tradición.

Sin duda alguna, el paro económico sufrido por Alemania como consecuencia de la Guerra de los Treinta Años, y más aún las divisiones políticas consagradas por la Paz de Westfalia (1648), pueden darnos una explicación de las disparidades de desarrollo existentes entre Alemania y las regiones vecinas del oeste de Europa. Con respecto a la estructura social y al régimen político, los estados alemanes del siglo XVIII se encontraban más cerca de la Rusia de los zares que del mundo occidental. Dentro de los estados gobernados autocráticamente, con reyes, príncipes y duques, las relaciones sociales seguían siendo de carácter feudal o semifeudal. Esto era más evidente en las tierras

de los Hohenzollern del este de Alemania, donde las propiedades de la casta militar terrateniente —los *Junkers*— eran cultivados mediante las prestaciones laborales obligatorias de los siervos campesinos. En el oeste y en un buen porcentaje también en el centro, esta forma tan acentuada de esclavitud había desaparecido ya en el siglo XVIII. Sin embargo, a pesar de que las obligaciones de los colonos habían sido conmutadas por pagos en dinero o en especies, los poderes legales y sociales de los señores seguían siendo enormes. Además, en la práctica, la fuente de ingresos de los señores estribaba en el excedente que cobraban a la población agraria dominada por ellos. El hecho de que las tenencias campesinas de tamaño pequeño y medio fueran hereditarias, representaba, sin embargo, un importante avance social con respecto a la servidumbre de los campesinos del este.

Sin parar mientes en diferencias regionales y casos concretos, podemos afirmar con verdad que la agricultura campesina se desenvolvía en un nivel de producción bajo. Parte del excedente de los campesinos —todo aquello que excedía de la mera subsistencia— era objeto de exacción por parte de sus superiores sociales, reduciendo así las posibilidades de inversión en una mejoría de los medios de cultivo. La servidumbre colectiva de la comunidad aldeana sirvió también para coartar la iniciativa individual e impedir el desarrollo de una agricultura destinada al mercado. En aquellos casos en que la propiedad era explotada por el mismo señor con ayuda de mano de obra servil, era posible encontrar una organización más racional de la agricultura. Los señores no eran, en general, propietarios a tan gran escala como los del Imperio de los Habsburgos o los de Inglaterra. Se volcaron hacia la explotación de su propiedad con el fin de mantener sus ingresos y se convirtieron, cuando eran competentes y capaces, en empresarios agrícolas que vendían en el mercado los excedentes de las cosechas —con destino a las ciudades, al ejército o a la exportación— o los transformaban en su misma propiedad en artículos vendibles en este mismo mercado.

Los terratenientes prusianos tuvieron la suerte de encontrar mercado, al mismo tiempo que disponían de una mano de obra dócil. Su interés se centraba, no obstante, no en la ampliación de una economía de mercado, sino más bien en la conservación de las relaciones sociales existentes. Formaron una casta exclusiva que dominaba al estado y al ejército, con lo que sentaban la base social para la monarquía de los Hohenzollern. Ninguno de los cambios introducidos por Federico el Grande pudo ganar terreno a los privilegios e incluso él mismo fue conservador en sus previsiones. Para ambos, la iniciativa económica debía estar en función de las necesidades políticas, es decir, de las necesidades de una clase dirigente tradicional. Del mismo modo que los *Junkers* más ilustrados procuraban dirigir personalmente sus propiedades sobre principios racionales a fin de aumentar al máximo sus ingresos, Federico consideraba al país una propiedad que debía ser administrada como dominio real suyo. En política económica siguió las prácticas mercantiles establecidas, animando aquellas actividades que parecían útiles al estado: la satisfacción de sus necesidades en tiempo de guerra, la reducción de su dependencia de las importaciones extranjeras o la exportación con vistas a obtener dinero en efectivo. La industria y el comercio estuvieron sometidos a una dirección y control burocráticos tan amplios como las técnicas y el celo (a menudo más aparente que real) de los oficiales de la Corona hacían posible.

Es cierto que el estado fue el iniciador de algunas empresas industriales y sus oficiales actuaron a modo de empresarios, a falta de iniciativa privada. Bajo la guía de Federico, la burocracia siguió de cerca los esfuerzos financieros privados. Se adelantó dinero a aquellas industrias que se creyó aconsejable alentar y de esta manera se salvó a algunas de un desastre financiero. En algunos sectores, tales como la minería, la empresa pública y privada coexistían una al lado de la otra. En realidad, se estaba estableciendo una tradición de intervencionismo estatal en la economía, que iba a tener gran importancia durante los primeros

pasos de la industrialización en el siglo siguiente. Por el momento, sin embargo, la política de Federico y sus oficiales no se proponía la industrialización del país, sino tan sólo servir a los intereses de la monarquía. Los efectos concretos de una política que englobaba fuertes impuestos, altos aranceles protectivos y la conservación de la esclavitud, y que estaba dominada por las necesidades del ejército y de la guerra o de su preparación, fueron poco favorables al desarrollo industrial.

La experiencia prusiana hasta 1848 pocas indicaciones nos da de que la burocracia del estado deseara la promoción del desarrollo económico, ya fuera como medio de aumentar los ingresos y bienestar de sus subordinados, ya fuera para aumentar el poder del estado. Aunque algunos de los que ocupaban altos cargos eran hombres ilustrados, hombres permeables a las ideas del liberalismo económico, se comportaban de forma empírica, tomando del programa liberal aquello que respondiera a las necesidades de la conveniencia administrativa. Al mismo tiempo, su sumisión a una monarquía dinástica y sus lazos con la nobleza terrateniente hacían que sus inclinaciones se manifestaran conservadoras. Fue dentro de un espíritu conservadurista que el estado dirigió y apoyó a empresas mineras e industriales. Aunque algunos miembros de la burocracia desempeñaban funciones empresariales, actuando en ocasiones como innovadores, lo hicieron, en general, dentro del esquema tradicional del «mercantilismo». Al igual que en otros estados europeos en fases similares de desarrollo, la intervención del estado en la economía era algo que se daba por hecho; la senda realmente revolucionaria consistió en dejar la economía a la interacción espontánea de las fuerzas conflictivas y competitivas del mercado. La longevidad del interés estatal por la minería y la industria fue, por lo menos en la primera mitad del siglo XIX, un signo de retraso del desarrollo alemán. Este interés no significaba una preocupación por el crecimiento. Los acontecimientos se encargaron de mostrar que el

desarrollo del capitalismo industrial podía tener lugar en un contexto en el que el estado conservara un papel predominante y que no era incompatible con la existencia de un sector perteneciente al estado. Por el contrario, la industria controlada por el estado no debía equipararse a socialismo y tampoco hizo nada por alterar la naturaleza capitalista del desarrollo económico que iba a tener lugar.

Estas observaciones se basan sobre todo en la experiencia prusiana, aunque había otros estados alemanes que aspiraban a una política similar de tutela económica y que obtuvieron diversos grados de éxito. Sin embargo, mientras Prusia salía territorialmente fortalecida de las duras pruebas del período revolucionario y napoleónico, con su administración intacta y pronta a reafirmarse rápidamente, otros estados desaparecían o emergían completamente transformados por dicha experiencia. La ocupación francesa había traído consigo influencias revolucionarias y el código napoleónico a la zona oeste de Alemania. La experiencia sirvió para romper con la antigua ordenación, para reforzar los elementos económicos y para hacer sentir un anhelo de libertad económica. Los regímenes que supervivieron a la tormenta, se vieron en situación de inferioridad con respecto a sus predecesores a la hora de proseguir la antigua línea política y preservar la herencia medieval. La misma Prusia, tras la derrota de Jena (1806), sufrió un proceso renovador que trajo una reforma agraria controlada y realizada «desde arriba», así como los inicios de una política económica más liberal.

Aunque ello no entrara en sus propósitos, la emancipación de los siervos contribuyó a desbrozar el terreno para la industrialización. Se estableció la base para el desarrollo de una mano de obra libre y para la integración de la granja campesina y de la propiedad del terrateniente en una economía de mercado. La capacidad migratoria personal, la división de la producción y el énfasis puesto en el triunfo individual —exigencias todas ellas del capitalismo— eran imposibles sin una reforma del antiguo sistema agrario.

Durante el siglo XVIII hubo en Alemania dos formas principales de feudalismo agrario. En el oeste, la tierra era cultivada principalmente por los campesinos, limitándose el señor a la exacción de tributos en dinero o especies. Las prestaciones laborales obligatorias y las formas legales de servidumbre habíanse extinguido hacia tiempo o habían sido abolidas desde arriba por gobernantes interesados en aumentar la capacidad de pago de impuestos de los campesinos y en debilitar el poder de los señores. La antigua distribución de los campos y los métodos de explotación característicos de la Edad Media seguían vigentes. La ocupación francesa de estas áreas durante el período revolucionario completó la destrucción de los restos feudales, pero no hubo ninguna redistribución radical de la tierra y el señor terrateniente continuó obteniendo su renta monetaria de los colonos. En el este, el desarrollo agrario adoptó un patrón diverso. Allí, una buena parte de la tierra era cultivada bajo el control directo del propietario, que empleaba la mano de obra esclava de sus colonos y producía un excedente para su venta en el mercado. Los señores eran, al mismo tiempo, socialmente poderosos y constituían el soporte principal de la monarquía Hohenzollern.

Dentro de este esbozo general deberíamos incluir muchas variaciones regionales y locales. En el noroeste, por ejemplo, la esclavitud había sido abandonada siglos antes y los campesinos se habían transformado en colonos hereditarios. En el oeste y en el sur la servidumbre duró mucho más tiempo y sólo desapareció de forma gradual. En el centro, aunque predominaba la explotación campesina, había algunas propiedades del estilo de las que podían encontrarse en Prusia. Fue en el este, donde el suelo era pobre, la población estaba diseminada y el único mercado se encontraba alejado, que adquirió tipismo el tipo de propiedad explotada por mano de obra servil. Allí, la posición del campesinado se deterioró tras la Guerra de los Treinta Años. Lo único que muchos campesinos poseían eran pequeños recuadros de tierra sobre los que habían perdido todo derecho hereditario. Al faltarle

la protección de una fuerte comunidad aldeana, el campesino prusiano se encontraba en algunos aspectos en peor situación que el siervo ruso. A pesar de todo, existían algunos campesinos hereditarios en la misma Alemania del este, que tenían tierra en los campos abiertos y poseían animales de tiro. Las variaciones incluían mayores disparidades en las áreas occidentales, pudiendo encontrarse en ellas desde la propiedad campesina hasta la explotación en régimen de tenencia y la aparcería. En general, la emancipación campesina había ido teniendo lugar a lo largo de muchos años y lo único que sucedió al respecto durante el siglo XIX fue la desaparición total de los últimos restos de feudalismo.

Allí donde existía una agricultura campesina, la tierra solía estar explotada en régimen de campos abiertos, aunque en aquellos casos en que lo que privaba era una u otra forma de servidumbre, el campesino disfrutaba bajo el antiguo orden de una cierta seguridad, por lo menos frente a las presiones del mercado. El proceso de reforma agraria tendió generalmente a exponer al campesino a la acción de dichas fuerzas de mercado y a introducir un nuevo elemento de inestabilidad en la vida rural. Antes de que pasara mucho tiempo, la agricultura alemana sufrió una aguda crisis de falta de producción, a consecuencia de la cual muchos campesinos —tanto del este como del oeste— abandonaron la tierra para emigrar a las ciudades o a América.

La ocupación de Alemania por parte de las tropas napoleónicas y la estrepitosa derrota del ejército prusiano en Jena abrieron el camino para unos cambios generales dentro del sector agrario. En el oeste se aceleraron las tendencias ya existentes hacia una agricultura campesina individualista y en función del mercado. En el este, donde la monarquía Hohenzollern siguió conservando el control de la situación, el trauma de la derrota empujó a unas reformas destinadas a «modernizar» la sociedad prusiana sin perturbar el equilibrio existente. En los territorios de la Corona, la emancipación de los siervos había tenido ya lugar a

finales del siglo XVIII y a los campesinos se les había permitido comprar su propia tierra. Tales territorios ocupaban sólo una quinta parte del área total. No pudo conseguirse irrupción alguna en las prerrogativas de los *Junkers*, de cuyo apoyo militar y político dependía la monarquía. El desafío de la Francia napoleónica sugirió la posibilidad de una reforma agraria como cuestión de la máxima urgencia, para conseguir unas energías individuales y una devoción patriótica imposibles de obtener de unos siervos maltratados e intimidados, así como para contrarrestar la posibilidad de una revolución realizada desde abajo al estilo de la que había tenido lugar en Francia.

La reforma Stein-Hardenberg de las relaciones agrarias prusianas empezó en 1807 con la abolición de la servidumbre personal, cuya efectividad quedaba fijada para 1810, y que posibilitó la partición —y consecuentemente la más fácil venta— de las propiedades nobiliarias. El siervo y sus hijos quedaban desligados del servicio del señor. Se tardó bastante en decidir qué debía hacerse con la tierra de los colonos, que se suponía pertenecer al señor y era disfrutada, por tanto, a cambio de unas exacciones y prestaciones laborales. Evidentemente, los terratenientes no se limitaron a exigir compensación, sino que, al depender del trabajo de los colonos para explotar sus estados, se sintieron invadidos por la preocupación de quedarse sin mano de obra para el cultivo. Había que encontrar, por tanto, alguna manera de mantener una fuente suministradora de mano de obra para la tierra.

Cualquiera que hubiera sido la forma en que Stein pretendiera proteger al campesinado, desapareció del mapa ante el modo en que su sucesor Hardenberg enfocó la prosecución de la reforma agraria. Por medio de los edictos de 1811, 1816 y 1821 se determinaba que los colonos pudieran retener parte de sus tenencias a cambio de ceder otra parte al señor. La proporción a que debían renunciar en favor del señor fue de un tercio para aquellos que poseían tenencias hereditarias y de dos tercios para aquellos cuyas tenencias no eran transmisibles. Los colonos hereditarios podían

optar, como alternativa, por adquirir la totalidad de sus tenencias a cambio del pago equivalente a veinticinco años de renta. Estas medidas beneficiaron a una minoría de colonos que poseían grandes tenencias, animales de tiro o algo de capital. Pero para muchos otros, que se encontraban en un nivel de mayor pobreza, esta «emancipación» fue desastrosa. Se encontraban ahora con una cantidad de tierra totalmente para mantenerse a sí mismos y a su familia, y que no les permitía siquiera negociar eficazmente con su patrón. Si permanecían en el campo, tenían que trabajar a cambio de salarios bajos y expuestos a todas las inclemencias de un mercado de mano de obra inseguro y fluctuante.

Para los señores, en cambio, la reforma constituyó una operación indolora y provechosa. A las grandes propiedades se les acumulaba una tierra cultivable adicional. También obtuvieron ventaja de la partición de los pastos y tierras comunes, al igual que la obtuvieron los campesinos más aventajados. Por el edicto de 1816, los campesinos sin tenencias en los campos de la aldea quedaban excluidos de la reforma. Quedaban, por tanto, ligados al lugar donde estuvieran establecidos, constituyendo una reserva de mano de obra para los propietarios y campesinos más ricos, y pasaban a perder la poca seguridad que los derechos comunes anteriormente les habían otorgado. De este modo quedaba intacto en Alemania del este el equilibrio de fuerzas sociales. El *Junker* seguía dominando sobre el escenario rural. Al tener ahora una mayor extensión territorial y tener asegurada la provisión de mano de obra, por un tiempo al menos, pudo trabajar cada vez más como productor a gran escala de cereales y como empresario rural. Los campesinos, si bien ya no eran siervos, pagaron cara su libertad. Los cálculos de la cantidad de tierra que perdieron, suelen variar; a menudo se cita la cifra de 2.500.000 acres. Muchas tenencias desaparecieron simplemente, otras permitieron que —a pesar de la reducción— pudieran conservarse y muchas posesiones campesinas fueron vendidas debido a que su ubicación —sin pastos ni

derechos comunes— resultaba inadecuada para las necesidades de los colonos.

Sin duda, todos estos cambios establecieron los fundamentos para una agricultura más eficiente en el este, al reforzar las grandes propiedades y al favorecer al campesino aventajado, capaz de dedicarse a la explotación con destino al mercado. Ambos pudieron utilizar sin trabas las nuevas técnicas agrícolas y sacar partido de las oportunidades ofrecidas por la expansión del mercado. La gran propiedad continuó desempeñando una posición dominante en la economía y durante el siglo XIX estuvo protegida por la solicitud constante del gobierno prusiano. Se confirmó su condición de transmisibilidad hereditaria y las grandes propiedades crecieron en número y tamaño. El mano de obra asalariada quedaba asegurada por el número de todos cuantos antes habían trabajado como siervos; luego, al abandonar masivamente el campo, muchas de las grandes propiedades —cuyos dueños creían firmemente en la superioridad racial germana— dependieron de la inmigración de mano de obra polaca. El hecho de que se creara simultáneamente una clase social de campesinos acomodados, proporcionaba un apoyo adicional a la estructura social de Alemania del Este, dominada por los *Junkers*.

La expansión de la demanda de productos agrícolas, tanto dentro como fuera de Alemania durante el período que siguió a 1815, hizo posible que este sistema agrario reorganizado saliera adelante. La paz y la estabilidad del gobierno, la extensión de los conocimientos médicos y de unos hábitos más higiénicos, la cada vez menor efectividad de las antiguas restricciones a los matrimonios tempranos, el cultivo de la patata y de otros productos, trajeron consigo una revolución demográfica en Alemania. En el este creció la densidad de población, dándose el aumento principalmente entre los pequeños propietarios, asalariados rurales y artesanos. Con ello se creó una reserva de mano de obra para la industria, pero la presión demográfica no se hizo grave. Fue más bien en las regiones occidentales en que prevalecía la agricultura campesi-

na, donde el crecimiento de la población durante la primera mitad del siglo XIX creó una presión intensa sobre la tierra y sobre el suministro de alimentos.

La crisis agraria del oeste de Alemania reflejaba las deficiencias de una agricultura campesina desarrollada al viejo estilo, así como la excesiva lentitud del desplazamiento de la mano de obra y de los recursos hacia el sector no-agrario. Dentro de la comunidad campesina, el crecimiento de la población adujo cargas cada vez mayores sobre los sistemas de cultivo, todavía anclados en el pasado. Esto sucedió especialmente allí donde seguía existiendo la aldea de campos abiertos. En los casos en que la costumbre permitía la divisibilidad de la herencia, las tenencias hicieron cada vez más fragmentadas; si era únicamente el hijo mayor quien heredaba, un número cada vez mayor de personas desposeídas de terrenos buscaba unas ocupaciones que la sociedad rural no ofrecía y que la industrialización empezaba tan sólo a ofrecer.

Por la década de 1840, la crisis se había agudizado en el este de Alemania. Para muchos, la única solución parecía estar en la emigración y apareció inmediatamente un fuerte movimiento demográfico hacia el otro lado del Atlántico. Puesto que el viaje exigía unos fondos que los estratos rurales más pobres no poseían, los emigrantes provenían sobre todo de entre los campesinos mejor acomodados, que vendían sus tierras y pertenencias por considerar que en el Nuevo Mundo gozarían de mejores oportunidades que en su país de origen. Quienes quedaron atrás, vieron afligidos por la crisis alimenticia que a finales de la década de los 40 afectó a toda Europa.

Aunque la gran masa de la población rural del oeste de Alemania poseía más o menos tierra, la granja campesina tendió a ver reducido su tamaño, lo que hizo que las condiciones materiales del campesinado empeoraran. Es difícil explicar plausiblemente por qué los campesinos alemanes no intentaron combatir el *morcellement* limitando el número de miembros de su familia, al igual que hicieron sus colegas franceses. Quizá tuvo algo que ver con ello la influencia de

la religión, especialmente en las áreas católicas de Alemania occidental, donde el problema del minifundio parece haber sido más agudo. En cualquier caso, en todas partes el colono pasó a depender cada vez más de las fuerzas del mercado y sus relaciones para con el señor se hicieron puramente monetarias, porque la emancipación en el oeste no se limitó a dejar al campesino agobiado por pagos monetarios, en sustitución de las antiguas obligaciones y servicios, sino que el hambre obligó a muchos campesinos a arrendar tierras de los terratenientes sobre una pura base contractual.

La desesperación y el resentimiento campesinos se hicieron patentes en muchas regiones de Alemania durante las primeras etapas de la Revolución de 1848. El campesino intentó sacudirse la pesada carga monetaria de los alquileres, los intereses y amortizaciones hipotecarias. No se rebelaba contra el feudalismo que había desaparecido casi por completo, sino contra las obligaciones legales y contractuales que lo habían sustituido. En algunos lugares solicitaba la partición de las grandes propiedades. Allí donde subsistían aún los pagos feudales y latifundistas o los privilegios señoriales, pedía asimismo su extinción. En 1848, el campesino no se sentía interesado por las formas constitucionales, sino por la transformación agraria. Los revolucionarios, en su mayoría, no buscaron ni desearon en ningún momento el apoyo de los campesinos, cuyas demandas amenazaban los contratos establecidos y los derechos de propiedad. Lo que éstos no otorgaron, lo concedieron con mayor facilidad los alarmados conservadores. Las concesiones conseguidas por los campesinos en 1848 fueron otorgadas, por tanto, por los gobiernos, bajo la presión de una rebelión campesina muy alejada en sus objetivos de la rebelión urbana. Los liberales perdieron la oportunidad de aliarse con los campesinos para expropiar a la nobleza y minar de este modo la base social que ésta prestaba a los estados monárquicos, por causa de su propio legalismo, su respeto a los derechos de la propiedad y el miedo. Los campesinos se desilusionaron rápidamente de las esperanzas

puestas en los liberales, recogieron las escasas ganancias arrancadas a los conservadores y se retiraron de la arena política. Por consiguiente, en los años que sucedieron a la revolución, la reforma agraria fue llevada a término por las fuerzas del antiguo orden. A pesar de ellos mismos, los reaccionarios vieron obligados a desarraigar los últimos vestigios de feudalismo y del régimen de señores latifundistas, y a allanar el camino para nuevas victorias de la economía de mercado. En Alemania occidental esto supuso que los nobles siguieran en su condición de receptores de sus rentas y propietarios ausentes, mientras el campesino se convertía en propietario sin reservas de su tenencia hereditaria. En el este, la emancipación se llevó a término mediante el cese de las obligaciones que muchos de los campesinos debían seguir pasando, ya fuera por medio de una cesión territorial o por medio de un pago en dinero al señor.

El proceso de reforma agraria, tantas veces aplazado y que adoptó mil diversas formas en las diferentes regiones de Alemania, expuso tanto al campesino como al terrateniente a los rigores de la economía de mercado. Hubo que hacer arreglos entre la población rural, que los diversos sectores e individuos realizaron a su propia manera. En todos los estratos sociales hubo perdedores: colonos que se convirtieron en trabajadores asalariados, que emigraron a las ciudades o atravesaron el océano; propietarios cada vez más endeudados y que finalmente debían vender sus propiedades para poder pagar sus deudas. Por otro lado, hubo campesinos que permanecieron en su tierra, como propietarios o en régimen de tenencia, y que alcanzaron una modesta prosperidad como productores para el mercado. Si bien hubo *Junkers* terratenientes que, por desgracia o incompetencia, se hundieron en un número cada vez mayor de deudas, los *Junkers* —como estamento— sobrevivieron. Hombres de negocios recién enriquecidos adquirieron las propiedades que las ramas empobrecidas de la nobleza tuvieron que abandonar. Gracias a su influencia sobre el estado, pudieron conservar una situación de privilegio y,

cuando se vieron amenazados por la competencia extranjera, por la caída de los precios, por la escasez de mano de obra o por la falta de créditos, fue a este mismo estado a quien recurrieron en busca de protección contra los efectos de las fuerzas de mercado. Hacia los años setenta, los *Junkers* debían únicamente su supervivencia a su alianza con los intereses económicos que una vez ellos habían despreciado.

Vemos, pues, que la solución de los *Junkers* al problema agrario en ningún momento pudo considerarse solución. Se basaba en el suministro de una mano de obra barata que con el tiempo provino en gran parte de fuentes no alemanas. Significaba la conservación de una clase que encarnaba las tradiciones autoritarias y militaristas de Prusia y las aunaba a la nueva dinámica de poder industrial tendente también hacia un nacionalismo clasista y que aportaba una nueva necesidad de mercados exteriores.

Los cambios acontecidos en la agricultura, rompieron las ligaduras de muchos campesinos a la tierra. Junto al aumento demográfico con que estaban relacionados y a las mejoras en los medios de transporte, hicieron aparecer una mano de obra destinada a las ciudades en desarrollo, con lo que la población se redistribuyó según el patrón industrial en implantación. A pesar de las presiones provenientes de abajo, las transformaciones agrarias tuvieron lugar como un proceso controlado desde arriba; así pues, los beneficios obtenidos por el campesino fueron considerados regalos de los regímenes conservadores y no se asociaron a la revolución o al liberalismo político. Los campesinos, de mentalidad tradicional y acostumbrados a la disciplina de los latifundios y a un nivel de vida muy frugal, tuvieron que emigrar a las ciudades, como mano de obra aceptable y disciplinable con relativa facilidad, para el trabajo en las minas y en las fábricas.

Debe insistirse en la gran desigualdad evolutiva de una Alemania políticamente dividida. Incluso después de 1815, seguían existiendo más de treinta administra-

ciones políticas separadas, con sus propios sistemas legales, monetarios, de pesos y medidas, y con sus propias fronteras aduaneras. Había además las variaciones corrientes de topografía y fertilidad del suelo que cabe esperar dentro de un área geográfica tan grande. El nuevo industrialismo se basaba principalmente en unas pocas materias primas: carbón, hierro y algodón. Alemania abundaba en los dos primeros productos, pero sus reservas se encontraban colocadas en unas pocas zonas de la periferia. El algodón y otras materias primas importadas se obtenían con mayor facilidad en el oeste, especialmente en el Rin. En algunas regiones pudo percibirse una aceleración del ritmo económico antes ya de la Revolución Francesa, y en las ciudades occidentales jamás se había interrumpido la tradición comercial. En la mayor parte de Alemania, sin embargo, el siglo XVIII y los principios del XIX apenas habían aportado cambios. Muchas ciudades no habían desbordado sus murallas medievales y en ellas poco había cambiado la vida. Predominaba aún la industria artesana, dominada por los gremios. La producción estaba destinada al intercambio con la campiña adyacente, o a la satisfacción de las necesidades de la corte local, de la nobleza o de la clase media patricia. La falta de medios de transporte perpetuó el aislamiento de estas pequeñas ciudades adormecidas. Las instituciones seguían ancladas en las tradiciones de los estamentos sociales; la costra de la costumbre permanecía intacta.

Hasta que empezó a dejarse sentir la influencia de la Revolución Francesa, hubo muy pocos centros comerciales que pudieran considerarse excepciones a esta regla. La influencia de la ocupación francesa iba a acelerar el ritmo del cambio, especialmente en la región del Rin. Pudieron amasarse fortunas por medio de la especulación del suelo, de contratos para con las fuerzas de ocupación o por medio de las nuevas oportunidades comerciales que los lazos con un área de mercado más extensa ahora ofrecían. La vida comercial se amplió bajo una administración legal más favorable. La clase comerciante pudo así prosperar en

un contexto más libre que el que anteriormente habían conocido. Como consecuencia, las disparidades existentes entre el oeste y el resto de Alemania tendieron a crecer. Más tarde, después de 1815, con el fin de crear una barrera permanente para futuras ambiciones francesas, lo que constituía el área económicamente más avanzada de Alemania pasó a depender del control de Prusia. A pesar de las reformas posteriores a 1806, la monarquía Hohenzollern siguió siendo una autocracia conservadora de viejo cuño. La monarquía se apoyaba sobre una nobleza militarista y terrateniente que, a su vez, mantenía su predominio social con la ayuda de una burocracia jerárquica. Mientras los elementos comerciales del oeste veíanse así arrastrados hacia el liberalismo, afirmaban los derechos del individuo a desenvolver sus negocios a través del mercado y tendían a emular las prácticas económicas de los países vecinos, la tradición e influencia de la administración prusiana se mostraban favorables a la regulación e intervencionismo económico para preservar el orden establecido.

De todo lo dicho hasta ahora, se deduce claramente que por el momento no podía hablarse de una cuestión económica nacional de Alemania. La fragmentación política, las lealtades locales y el predominio abrumador de una economía campesina y de pequeños artesanos, unidos a la falta de medios de transporte, limitaban mucho el tamaño del mercado. Alemania era más bien una colección de pequeñas economías locales, cada una de ellas más o menos aislada del resto. Los intereses creados de los propietarios, de los gobernantes y de los maestros gremiales se oponían claramente al cambio. La revolución comercial de los siglos XVII y XVIII había pasado prácticamente de largo por Alemania. Seguía existiendo algún comercio en los puertos septentrionales y había una corriente de productos coloniales por la región del Rin, pero la participación en el mercado mundial era pequeña, comparada con la de Inglaterra, Francia u Holanda: Los estados de Alemania eran demasiado débiles o estaban demasiado inmersos en las luchas políticas centroe-

ropeas para lanzarse a la búsqueda de colonias. Los efectos estimulantes y vigorizadores de un comercio exterior amplio y floreciente estaban, por tanto, ausentes. Alemania se encontraba económicamente encerrada en sí misma.

En estas condiciones, las influencias reaccionarias de la herencia medieval pudieron conservar su fuerza hasta el mismo siglo XIX. Como era de esperar, hubo bastante escasez de empresarios y administradores y, si dejamos a un lado algunas áreas excepcionales, apenas existió una clase media independiente entregada al comercio y a la industria. Los mercaderes y los maestros gremiales del tipo tradicional aceptaban su posición dentro del orden establecido, en dependencia de los favores de la corte local o del noble feudal, y se convertían en los sostenedores de las regulaciones existentes. La clase media urbana era débil, porque las ciudades eran pocas en número y pequeñas en tamaño, al tiempo que eran centros administrativos con algo de comercio y una producción industrial reducida, más bien que centros de desarrollo económico. La clase media de poblaciones de este tipo encontraba su centro de gravedad en las profesiones y en el servicio del estado; le faltaba, por tanto, la independencia y autoconciencia de su homónima correspondiente de Francia o Inglaterra. Su ininterrumpida debilidad quedó bien de manifiesto cuando en 1848 intentó por primera vez establecer sus pretensiones.

Una sociedad de este tipo suele producir poco capital inversionista. Las acumulaciones obtenidas a través del comercio con ultramar, tan importantes en Inglaterra y Francia, no existían aquí. Gran parte del suelo era pobre en calidad y el poco excedente que de él salía pasaba a manos de unos propietarios que no sentían ningún interés por la inversión. La falta de poder adquisitivo por parte de la población en general desalentó la inversión destinada a aumentar la escala de la industria manufacturera. Las necesidades de los sectores más acomodados podían verse satisfechas por unas industrias organizadas sobre las pautas gremiales o de acuerdo con el *putting-out system*. En

la misma medida en que los campesinos eran arrastrados hacia una economía de mercado, lo eran a través de industrias de tipo doméstico.

Si Alemania sufrió una carencia crónica de capital inversor, el suministro de mano de obra para la industria fue también reducido. Evidentemente, los niveles de vida eran bajos y la población se encontraba en aumento. Por otro lado, el mercado de mano de obra se veía limitado por el inmovilismo de la población campesina. Al este del Elba, la servidumbre impedía la libre emigración y, después de su abolición, la legislación concerniente al establecimiento y al socorro del necesitado obró en la misma dirección. En todos los demás sitios, el poseer tierra los campesinos o siquiera la posibilidad de acceder a ella los hacía remisos a la emigración. Los industriales mercantiles aprovecharon generalmente esta reserva de mano de obra por medio del *putting-out system*. Sin embargo, a medida que aumentó la presión sobre la tierra, la tendencia fue la de que el remanente sobrante de la población se inclinara por la emigración. Es cierto que muchos emigrantes eran de extracción acomodada, pero quizás ello sea indicativo de que la emigración del siglo XIX constituye una demostración de que el factor limitativo del crecimiento económico no estaba en la mano de obra, sino más bien en el aspecto de la demanda de acumulación de capital.

La razón principal del desfase alemán puede atribuirse a la falta de capital y de oportunidades e incentivos de inversión en un contexto social que se encontraba aún entremezclado con residuos feudales. ¿Cómo se llegó, pues, a la eliminación de las barreras que se oponían al desarrollo? No es posible dar una respuesta sencilla, pero parece más seguro formular una hipótesis que tenga en cuenta la aparición simultánea de un cierto número de condiciones previas favorables a la transformación.

Lo más decisivo fue, quizá, la influencia y presión ejercidas en el interior de Alemania por los cambios que estaban aconteciendo en otros países. Ya hemos mencionado los efectos de la ocupación francesa en

la región del Rin. Podemos añadir también que, de un modo más general, la influencia de la Revolución Francesa contribuyó a preparar el terreno para el cambio. Al mismo tiempo, debemos incluir los efectos de la industrialización inglesa, cuya influencia seguía diversos cauces: el de la exportación a Alemania de productos manufacturados, el de la apertura de mercados para productos alemanes, el de excitar el interés y el deseo de utilizar las nuevas técnicas, y el de la importación de capital e iniciativa empresarial inglesa. La presencia en Alemania de fuentes accesibles de suministro de carbón y hierro fue, evidentemente, un factor de la mayor importancia, sobre todo para atraer al capital y a los hombres de negocios extranjeros.

Los cambios inherentes a la misma Alemania iban a tener un carácter menos económico en sus inicios, pero mostraron ciertamente una clara tendencia hacia la transformación de las circunstancias existentes en otras más favorables a la aparición de las empresas y a la inversión del capital. La iniciativa en este caso partió de la burocracia prusiana, cuyas directrices políticas, después de 1815, estaban determinadas por la conveniencia administrativa más bien que por un deseo de promoción del desarrollo económico. Fue dentro de este espíritu animador, que enfocó los problemas impuestos por la adquisición de nuevos territorios en el oeste y por la existencia de territorios monárquicos que se extendían a través de Alemania y en dirección a las fronteras del este. La primera solución al problema consistió en la imposición de una cierta uniformidad de administración que incluía la exacción de tarifas aduaneras. En la regulación arancelaria de 1818 se adoptó un patrón tarifario uniforme, suavemente proteccionista, para todos los territorios prusianos. Esto dejó a Prusia con muchos cientos de millas de fronteras aduaneras con los otros estados alemanes, circunstancia que impedía el libre flujo comercial e invitaba al contrabando. La conveniencia administrativa sugirió llegar a un acuerdo sobre aranceles con los estados vecinos, a fin de atraerlos al sistema aduanero prusiano. Desde el punto de

vista de la recaudación de rentas públicas, estos arreglos demostraron ser mutuamente satisfactorios. El último paso lógico, una vez superadas las sospechas acerca de las verdaderas intenciones prusianas, fue una más amplia unión aduanera que permitiría que los productos circularan libremente por el interior de Alemania y que reservaba la imposición de aranceles para aquellos productos provenientes de países extranjeros.

Cuando, en 1834, se puso en vigor el *Zollverein*, la mayor parte de Alemania quedó unificada en una única zona de libre comercio. Se trató de un arreglo entre estados que, por razones históricas o culturales, poseían ya muchas cosas en común y se encontraban libremente asociados a través de la Confederación Germana fundada en 1815. Sin embargo, aun cuando en el seno de la Confederación el reparto de influencias se inclinara del lado de Austria, el *Zollverein* fue una creación prusiana que la burocracia intentó mantener bajo su control. El peso político y territorial de Prusia fue decisivo en este aspecto. La alternativa de unas uniones aduaneras parciales de Alemania sin Prusia no era viable, mientras sí lo era una unión aduanera sin Austria. Además, una vez excluida Austria, los nuevos lazos materiales que se desarrollaron dentro de la estructura del área libre de aranceles, acercaron a las poblaciones de los estados miembros entre sí y crearon una nueva distinción entre ellos y Austria. De esta manera, se preparaba inconscientemente el camino para la futura hegemonía de Prusia, así como una solución de la cuestión alemana que excluía a Austria.

Instituido inicialmente por razones administrativas, el *Zollverein* demostró ser un factor capital en la promoción del desarrollo económico alemán. Amplió los límites legales del mercado e hizo posible la libre circulación de mercancías. Al reforzar los vínculos comerciales entre las diversas áreas, tendió a destruir los antiguos particularismos y diferencias locales. Estableció intereses creados en la consolidación adicional de esta unidad preliminar y reforzó el nacionalismo

cultural, que interesaba particularmente a la intelectualidad de clase media, con un nuevo nacionalismo económico que inspiró a los crecientes grupos comerciales.

Para posibilitar la realización de todas las potencialidades contenidas en el *Zollverein*, debían mejorarse los transportes internos. El transporte por carretera a lo largo de grandes distancias resultaba caro. El transporte fluvial, especialmente en el Rin, si bien se estaba desarrollando tremendamente y podía ser complementado mediante canales, tenía limitaciones geográficas definidas. Por esto, la posibilidad de utilización del ferrocarril tuvo una importancia decisiva en esta etapa. El ferrocarril era el producto de una tecnología industrial avanzada, pero podía ser introducido en países relativamente subdesarrollados, como Alemania, de forma práctica y directa, con financiación extranjera y utilizando materiales y técnicos importados. En este sentido, Alemania se encontraba en situación de quemar etapas.

La primera acogida que el gobierno prusiano y de otros estados dispensaron al ferrocarril, no fue precisamente alentadora. Sólo se veían sus inconvenientes y las primitivas líneas vieron rodeadas de muchas restricciones. Se temía especialmente a los excesos especulativos. Esta oposición conservadora ante lo nuevo empezó a debilitarse en el curso de la década de 1840, cuando los propietarios empezaron a darse cuenta de que la nueva forma de transporte podía ampliar el mercado para sus cultivos y aumentar así sus ingresos. Por esta misma época, los militares empezaron a comprender la importancia estratégica del ferrocarril. En los años que siguieron a la restrictiva ley prusiana de ferrocarriles de 1838, la actitud del estado se hizo mucho más positiva y se construyó toda una red de líneas básicas con una garantía de interés hecha por el estado.

Durante esta década de 1840, la construcción ferroviaria avanzó rápidamente en muchas partes del país. Este gran esfuerzo exigió inyecciones considerables de financiación exterior y protección estatal, que

llevaron a la producción en algunos casos de líneas estatales y en otros a una especie de garantía financiera para estimular el capital inversor. Tal como debía ser, el desarrollo ferroviario alemán puso a su economía en contacto más íntimo con los países extranjeros más avanzados, de los que provenía gran parte del capital. Este capital acudía a Alemania debido a las posibilidades de la zona, particularmente a la existencia de recursos minerales que formaban la base de las industrias del hierro y de ingeniería, que eran las más directamente estimuladas por la construcción de ferrocarriles. Además, sólo con el tipo de transporte a larga distancia y barato que proporcionaba el ferrocarril valía la pena hacer fuertes inversiones de capital en instalaciones modernas que permitieran desarrollar las explotaciones mineras a gran profundidad y establecer una industria metalúrgica a gran escala. Tal inversión sólo podía justificarse sobre la base de un mercado de gran amplitud que únicamente el ferrocarril podía crear, tras haber anulado el *Zollverein* las barreras artificiales.

Es difícil captar la existencia de alguna otra fuerza que pudiera haber impulsado hacia adelante a la economía alemana de esta época. Las industrias textiles se habían ido transformando lentamente y algunas de sus ramas se habían convertido en fábricas en fecha tan temprana como la década de 1780, pero no estaban bien situadas para tomar la iniciativa de una transformación económica general. La posición dominante de los tejidos ingleses en el mercado mundial excluía toda posibilidad de un crecimiento rápido basado en la exportación, de la misma manera que no se dio ninguna transformación independiente del mercado interior que pudiera haber favorecido este desarrollo acelerado. Por estas mismas razones, ninguna otra industria de bienes de consumo podía tomar el liderazgo. El ferrocarril fue condición previa para la apertura del mercado interior a estos sectores, así como a las ramas minera y metalúrgica. Por esta época, ningún otro tipo de inversión hubiera podido atraer al capital extranjero —y era sobre todo capital lo que

escaseaba en Alemania— y recibir al mismo tiempo un apoyo paralelo por parte de todos los estados. Asimismo, el ferrocarril abrió posibilidades de formas de inversión completamente nuevas e introdujo un factor inédito en la vida alemana: a medida que se establecieron vínculos ferroviarios, el contacto y la emigración sustituyeron al antiguo particularismo e inmovilidad.

Desde la década de los cuarenta, con el despertar de los ferrocarriles, empezó el despertar económico de Alemania. Una vez aparecida una fuerza iniciadora, muchas de las antiguas barreras que se oponían al cambio perdieron su fuerza, y aquellos requisitos previos al desarrollo que se echaban en falta fueron reunidos rápidamente. Sin embargo, los nuevos sectores evolutivos ejercieron poco o ningún efecto en muchas áreas de la vida económica alemana, que siguieron básicamente inmutadas dentro de sus antiguas estructuras. En Alemania, como en todas partes, la industrialización fue un proceso desigual. La misma rapidez con que se edificó el sector moderno, hizo crecer las diferencias que lo separaban de aquellos otros sectores que aún conservaban sus viejos atributos. Fue sobre todo la estructura política la que, aunque cambió en muchos aspectos importantes, retuvo su antiguo carácter autocrático y conservadorista.

La razón fundamental estriba en el fracaso de la clase media liberal en 1848 a la hora de establecer un estado constitucional unificado. Por esta época, el desarrollo social se encontraba aún demasiado atrasado para inspirar a los líderes de clase media de la revolución una confianza suficiente en sí mismos o la base social indispensable para tener éxito. En consecuencia, las antiguas fuerzas tradicionales pudieron restablecerse con ayuda del poder militar, cuyo control jamás perdieron —por lo menos en Prusia—. Después de algo más de una década, durante la que la influencia de Austria en la Confederación no fue nunca discutida, Prusia reclamó con Bismarck la hegemonía política en Alemania y la impuso a expensas de Austria sobre el campo de batalla. Luego, con la derrota

del Segundo Imperio de Napoleón III, el nuevo Imperio Alemán se convirtió en el estado más poderoso del continente europeo. Este nuevo estado, a pesar de su aceptación del sufragio universal y de un parlamento nacional, siguió siendo una autocracia regida por la dinastía Hohenzollern, que continuaba apoyándose en la nobleza terrateniente tradicional del este de Alemania. Incorporó las tradiciones burocráticas y militaristas de la antigua Prusia y las fuerzas conservadoras gozaron de un nuevo período de vida gracias a la forma en que había tenido lugar la unificación.

Desde 1848, Alemania había sufrido cambios sociales profundos. El desarrollo de la economía había hecho aparecer una clase media más numerosa, cuyo punto de equilibrio se desplazaba ahora hacia el mundo comercial. Sus objetivos se centraban en el éxito material y en la sumisión a las fuerzas del poder, más que en las visiones de los intelectuales de la revolución de 1848. Su nacionalismo desbordaba a su liberalismo y había adquirido una naturaleza más egoísta, gracias sobre todo al modo como se había constituido el Segundo Reich. Consecuentemente, muchos de sus miembros cooperaron con los conservadores dinásticos y aceptaron los rasgos aliberales y militaristas que la hegemonía de Prusia había preservado dentro de la nueva Alemania.

Una industria adelantada y en rápido crecimiento se combinaba con una estructura política arcaica y con una sociedad dominada aún por una clase superior agraria ligada a los valores preindustriales. El creciente poder económico de Alemania estaba dirigido, pues, por personas pertenecientes al antiguo régimen; la clase media superior, por su parte, aceptaba esta situación y, lo que es más, sus miembros se adaptaban a ella sin mayores lamentaciones. La persecución de los intereses materiales podía llevarse a efecto con mayor eficacia en un estado unido y poderoso que en la antigua Alemania dividida. Si la burguesía participaba muy poco en la determinación de la política y no se limitaba a aceptar una situación de inferioridad social, sino que aceptaba además la ideología de

la nobleza terrateniente, acumuló por lo menos riquezas a una escala sin precedentes e identificó sus intereses con los del Reich.

La rápida transformación económica que empezó hacia los años cuarenta, vino aparejada con la unificación del país por la fuerza bajo el liderazgo prusiano y confirió al capitalismo industrial alemán su carácter específico. En vez de un proceso lento de formación de capital por parte de un gran número de empresas individuales y en un contexto competitivo, los sectores dirigentes de la economía habían dado un gran paso hacia adelante sobre la base de las más progresistas formas de organización y tecnología, ya experimentadas en las zonas más adelantadas de Europa. Al principio, gran parte del capital para los sectores en expansión provino del extranjero. Muchas empresas nuevas se organizaron desde el primer momento como sociedades anónimas, a menudo con la participación de los bancos. La falta de grandes fortunas dispuestas a embarcarse en empresas industriales o de una clase inversora, hizo esta solución inevitable. Sólo los bancos podían poner sus manos sobre las grandes sumas de capital líquido necesarias para construir ferrocarriles, abrir minas de carbón y montar plantas de industrias pesadas. Sólo los bancos podían proporcionar facilidades crediticias con las que financiar la creciente escala de transacciones monetarias que de todo ello derivaba. Al adelantar dinero o abrir créditos para sus clientes del mundo de los negocios, contribuían con eficacia al volumen de la capacidad adquisitiva. La renovación de los créditos dio a algunos de estos préstamos el carácter de créditos a largo plazo. Con todo, hay que añadir que los banqueros —especialmente en la región del Rin, que era la zona más adelantada económicamente—, jugaban un papel activo en la fundación de compañías. Retenían bloques de acciones hasta que podían ser puestas a disposición de sus clientes, las guardaban en sus propias carteras de valores y se sentaban en los consejos directivos de las compañías deudoras. Desde las etapas iniciales, en que los bancos exis-

tentes asumieron tales funciones sin cambiar su estructura —allá por los años cincuenta—, se fundaron bancos de accionistas que emprendieron inversiones sistemáticas en la industria. Sin estos esfuerzos por parte de los bancos, hubiera sido imposible poder contar con los medios financieros necesarios para la construcción de los ferrocarriles y el crecimiento de la industria. A diferencia de lo que acontecía en Inglaterra, donde los bancos se mantenían alejados de las inversiones a largo plazo, no sólo por considerarlas inseguras, sino también porque los empresarios establecidos podían obtener todo el capital necesario a través de sus propios beneficios pasados, en Alemania existieron relaciones íntimas desde el primer momento entre banqueros e industria. Del mismo modo, mientras en Inglaterra la sociedad por acciones era poco utilizada como medio de inversión industrial, en Alemania era muchas veces el único medio que permitía obtener capital suficiente para iniciar una nueva industria o ampliar las ya existentes. Claro está, ésta no es toda la verdad. En la industria de bienes de consumo, el cuadro no podía ser muy distinto en ambos países. Sin embargo, en Alemania fue la industria pesada quien tomó la delantera; en realidad, probablemente era imposible que la irrupción industrial pudiera haber acontecido de otro modo. La inversión que los ferrocarriles y la industria pesada exigían, debía hacerse en gran escala y acarreaba enormes riesgos; de hecho no podría haberse dado sin la participación de la financiación bancaria y el uso de alguna forma de organización asociativa. De esta manera, y ya desde los inicios de la industrialización alemana, existió un nexo íntimo entre industria e instituciones financieras.

Los recursos de Alemania, las potencialidades de un mercado con una gran demografía en fase de crecimiento, la existencia de una abundante provisión de mano de obra, habían atraído ya hacia los años cuarenta a las empresas extranjeras. Gran parte del desarrollo inicial de las minas del Ruhr y de la industria del metal tuvo lugar, por tanto, no sólo sobre

modelos extranjeros, sino también con la participación de capital y empresas extranjeras. Sin embargo, una vez aparecido el estímulo, el rápido desarrollo subsiguiente anuló rápidamente el papel del elemento exterior. Al fin y al cabo, era muy breve la distancia entre enseñantes y enseñado. Las lecciones de los empresarios, directivos e ingenieros extranjeros fueron prontamente aprendidas. En cualquier caso, los empresarios alemanes habían tenido ocasión de observar durante largo tiempo los diversos procesos de desarrollo industrial que iban teniendo lugar en Inglaterra y otros países. La clase media alemana —e incluso la gran masa de la población— no eran educacionalmente inferiores a sus correlativas en los demás países. Se trataba simplemente de que las oportunidades en la industria y el comercio habían estado restringidas por el carácter global de la sociedad: los talentos habíanse vistos abocados hacia las profesiones liberales o hacia el servicio público y sólo a partir de los años cuarenta empezaron a encontrar creciente salida en el campo de los negocios. Además, los gobiernos alemanes comprendieron en seguida que la inferioridad económica podía ser contrarrestada mediante un esfuerzo en el campo de la educación. En un corto período, la educación secundaria y la educación técnica fueron llevadas a un nivel sin parangón en Europa y empezó a afluir un caudal de hombres científica y técnicamente cualificados que iban a hacer posible que Alemania venciera con gran celeridad su inferioridad inicial en la industria y tomara la iniciativa en algunas de las industrias basadas directamente en la investigación científica, que iban teniendo cada vez mayor importancia.

Una vez dado su ímpetu al desarrollo —y parece que éste llegó a una fase decisiva como consecuencia de la aparición del ferrocarril—, no es de extrañar que Alemania empezara a reducir distancias entre su propia posición y la de los pioneros industriales e incluso que los alcanzara. Muchas fuerzas latentes contribuyeron a la transformación: la existencia de una estructura comercial y bancaria, una tradición industrial,

unos recursos naturales exactamente del tipo necesitado por la tecnología existente, una población receptiva y un nacionalismo dinámico en busca de expresión. Es cierto que había obstáculos que derribar, pero desde finales del siglo XVIII habían ido perdiendo fuerza gradualmente. Hasta las fuerzas tradicionales, los intereses agrarios del este, la burocracia de los militaristas, se adaptaron al proceso de industrialización. Quienes más sufrieron fueron los artesanos de antiguo cuño y los maestros gremiales, cuya posición social —si no ya sus condiciones materiales— se deterioraron, así como aquellos sectores del campesinado que fueron obligados por la transformación agraria a abandonar el campo y enrolarse en las fábricas o en las minas o a buscar un pasaje en los barcos de emigrantes.

El estímulo proporcionado por la construcción del ferrocarril, así como la ampliación del mercado que los nuevos medios de transporte hicieron posible, alentaron la inversión en las minas de carbón y en las industrias metalúrgicas que iban a constituir la base de la industrialización alemana. En estos sectores se contaba con una tecnología avanzada capaz de ser transplantada a zonas de abundantes recursos carboníferos. Para la utilización de las nuevas técnicas eran necesarias inversiones a gran escala. No había posibilidad de empezar a un tamaño reducido y de avanzar lentamente por etapas. Se necesitaban grandes sumas de capital desde el primer momento. Parte de él provino de fuentes extranjeras. El capital bancario jugó un papel importante y desde el principio se formaron compañías de accionistas. Desde los inicios, el industrialismo alemán adoptó una forma que era consecuencia de las circunstancias técnicas y financieras bajo las que empezó.

La influencia extranjera en la industria alemana se derrumbó tan pronto como empezó a avanzar la industrialización y las fuentes nativas pudieron proporcionar el capital, dirección y técnicas empresariales adecuadas. De las filas de la clase media surgieron rápidamente hombres capaces de asimilar todo lo que

los extranjeros podían enseñar y de aportar innovaciones propias. La superación del problema financiero mediante la utilización del crédito bancario fue una de ellas. La consecución de economías gracias a una producción a gran escala e integrada, el énfasis en la educación científica y técnica y en el adiestramiento comercial, fueron otras. El contexto ambiental había preparado el camino, hacia mediados de siglo, para una adaptación rápida de este tipo. La derrota de la clase media en 1848, seguida de un período de reacción que la excluyó de toda intervención en la política, contribuyó quizás a dirigir sus energías hacia el sector de los negocios. Con el orgullo y ambición nacionales se aparejaba un énfasis creciente en la persecución de la riqueza. Se hizo evidente que la inferioridad alemana en la industria sólo podía vencerse mediante un esfuerzo conscientemente aplicado, especialmente en el campo educativo, y mediante el dominio de la metodología científica aplicada a los procesos y organización industriales. No había tiempo de avanzar experimentando a ciegas. El tiempo no era un aliado del empresario alemán; tenía que avanzar con la máxima celeridad y energía para poder superar sus desventajas iniciales. Por razones de su incumbencia, la administración —especialmente en Prusia— alentó el desarrollo de la educación científica y técnica y contribuyó a proporcionar un contexto cada vez más favorable para la persecución de la riqueza.

En la esfera política, el problema de la unificación alemana estaba ya maduro para el hallazgo de una solución en la década de los sesenta. El fracaso de los liberales en 1848, la incapacidad de Austria de sacar partido de sus éxitos posrevolucionarios y la falta de cualquier otra fuerza capaz de tomar el liderazgo en Alemania, colocó a la monarquía de los Hohenzollern en una posición que le permitía aprovechar todas las tendencias y corrientes conducentes a la unidad. No se trataba ya de fuerzas vagas y sentimentales que extrajeran su vigor de ecos del pasado y de idealizaciones románticas; se trataba más bien de vínculos materiales muy reales entre los alemanes de los dife-

rentes estados, hechos posible por medio del crecimiento del comercio y la industria. A la clase media industrial poco le importaba cómo se consiguiera la unificación o bajo qué auspicios, con tal de que pudieran depender de un gobierno estable y pacífico en el interior y que les apoyara en sus empresas en el exterior. Por esto se apresuraron a aceptar la hegemonía de Prusia y de la monarquía Hohenzollern. En cualquier caso, la existencia del *Zollverein* y la fuerza económica de Prusia, en la que se encontraban situadas las principales áreas industriales en expansión, la convirtieron en la cabeza lógica de Alemania. Al ser realizada la unificación por Bismarck, ello supuso, naturalmente, la conservación tanto de la monarquía como de la clase señorial terrateniente de la Alemania oriental a la que su existencia iba ligada. La aparición del poder industrial alemán tuvo así lugar dentro de una estructura arcaica de autocracia, tradicionalismo y militarismo antitéticos del liberalismo y las instituciones democráticas.

Sin embargo, durante la década de los sesenta, el liberalismo económico convino a los intereses de Bismarck así como a los de las clases medias empresariales. En cuanto al exterior, esto significó un proteccionismo moderado y la firma de tratados comerciales que hicieran posible el libre intercambio de mercancías con otros países. En cuanto al interior, dentro del *Zollverein*, supuso el establecimiento legal de todo un programa liberal circunscrito a la vida económica. Los privilegios de los gremios y corporaciones fueron barridos. Las actividades comerciales y las profesiones liberales quedaron abiertas a quienes fueran capaces de practicarlas. Una nueva ley de minas hizo que los minerales del subsuelo fueran más accesibles a la empresa capitalista. Una mayor uniformidad de la ley civil y comercial, así como de los sistemas de pesas y medidas, mejoraron las condiciones de la empresa comercial. El camino se encontraba expedito para una actuación plena y libre de las fuerzas de mercado dentro de una estructura política autocrática y controlada por la burocracia.

El mundo económico alemán aceptó, pues, la marcha hacia la unidad en los términos de Bismarck, debido a sus evidentes ventajas materiales. La aristocracia *Junker*, aunque algunos de sus sectores demostraron ser incapaces de adaptarse a las circunstancias económicas cambiantes, siguió predominando socialmente en tanto que clase. El nuevo Reich, establecido tras la derrota de Francia en 1870-71, contenía por un lado un poderoso sector industrial —con sus fundamentos básicos en el hierro y el carbón—, y por otro una influyente aristocracia agraria. En la década de los setenta, ambos sectores tuvieron que enfrentarse a presiones económicas derivadas de las nuevas circunstancias de rivalidad internacional en el mercado mundial y de la caída de precios resultante. La política liberal de comercio exterior adoptada en la década de los sesenta se convirtió pronto en un desastre. La industria pesada solicitó protección frente a la competencia británica en el mercado interior alemán. Los grandes terratenientes solicitaron protección frente a los bajos precios de los cereales rusos o americanos. La alianza tácita se hizo así más estrecha y formal y quedó sellada con la carta arancelaria de 1879.

Tras el muro arancelario, los rasgos ya existentes del capitalismo industrial alemán se desarrollaron con mayor plenitud. El esfuerzo competitivo de la industria pesada, inherentemente débil, dio paso a un proceso de integración y de asociación vertical y horizontal. Se extendieron las ya estrechas relaciones existentes entre la industria y los bancos, produciendo grandes concentraciones de poder económico capaces de obtener concesiones del gobierno. Aparte de los aranceles, los ferrocarriles, que estuvieron cada vez más en manos del estado después de 1871, ofrecían unos precios que mantuvieron bajos los costes de los transportes de los productos de exportación hasta las fronteras o puertos, al tiempo que desalentaban la penetración de importaciones en el interior del país. El desarrollo de la capacidad industrial hizo al país cada vez más dependiente de las exportaciones para su prosperidad, mientras el crecimiento demográfico

rebasaba la capacidad productiva de la agricultura alemana. De esta manera el problema de las relaciones exteriores de la Alemania Imperial se agudizó a partir de los años ochenta.

Los industriales, particularmente los de la rama de la industria pesada, querían mercados seguros para su creciente capacidad productora. La protección del mercado interior no era suficiente en sí misma; debía tenerse acceso a mercados seguros en otros países. Los industriales pasaron, por tanto, a interesarse por una política exterior progresiva y por la expansión colonial. El crecimiento del comercio exterior alemán en una situación de competencia internacional, y las primeras aventuras en la esfera colonial trajeron consigo la creación de una flota naval capaz. El armamento naval, al igual que el material militar, podía constituir una salida para los excedentes de capacidad de la industria pesada. Los agricultores estaban interesados en obtener protección y se encontraban estrechamente ligados a la clase alta militarista tradicional. Todos estos intereses se aunaron para favorecer una política exterior activa y colonial apoyada por el poder militar y naval. La alianza entre ellos supuso que la política de hegemonía continental heredada de Bismarck se combinara con una política de poder mundial, de la cual debía ser instrumento necesario una flota poderosa. Si sus pretensiones europeas eran susceptibles de oposición por parte de Francia y Rusia, el aumento de los armamentos navales y las aspiraciones de expansión colonial iban a despertar el miedo y las sospechas de Inglaterra.

La historia económica de Alemania no puede separarse de una política de poder. Una Alemania industrialmente poderosa, en la que habían sido preservadas las antiguas fuerzas de la autocracia y el militarismo, no podía por menos de desarrollar ambiciones políticas que entraran en conflicto con las posiciones ocupadas ya por Inglaterra, Francia y Rusia. Las fuerzas económicas crearon las circunstancias de las que surgieron las tensiones y el futuro conflicto bélico, pero los factores decisivos deben buscarse en último térmi-

no a nivel político, en las relaciones entre estados y en el comportamiento de los hombres que controlaban sus destinos.

Desde un punto de vista económico, la industrialización alemana puede parecer un éxito ilimitado. Llevada a cabo en un período de tiempo comparativamente corto, pronto dotó al país de una industria pesada muy concentrada y tecnológicamente muy avanzada. El énfasis que este ejemplo típico de incorporación tardía puso en la educación, en el conocimiento científico y en la organización, dio sus frutos en el desarrollo de nuevas ramas de la producción, entre las que sobresalieron la industria química y la electricidad, y que contribuyeron a dar a su estructura industrial un aspecto altamente moderno. Si se la compara con Inglaterra, el pionero de lento desarrollo que conservó muchos de los rasgos industriales primitivos hasta el siglo xx, el éxito de Alemania parece aún más impresionante. El rápido crecimiento del comercio exportador y los éxitos alemanes en competencia con los productos ingleses en el mercado mundial subrayan aparentemente el contraste entre el progresivo recién llegado y el país industrial de menor adaptabilidad y cuño más antiguo.

Si bien es verdad que este tipo de cuadro refleja un aspecto de la situación, sería inadecuado no insistir en el carácter incompleto de la transición alemana a una sociedad industrial en los años anteriores a 1914. La rapidez del crecimiento industrial alemán había dejado casi intactos algunos sectores de la sociedad preindustrial. Esto resultaba cierto sobre una base geográfica, ya que había extensas zonas de Alemania que no estaban aún maduras para el desarrollo industrial y que conservaban, por tanto, un encanto propio del mundo antiguo. Como se ha visto también, la clase gobernante tradicional había conservado su posición de control del estado y del ejército y seguía imprimiendo sus propios valores sobre la sociedad. Los inversores medios recién enriquecidos se transformaron en un estamento con conciencia de superioridad, aunque aceptaban visiblemente el principio de la menor

dignidad y prestigio de las actividades comerciales, si se las comparaba con las actividades de la clase ociosa, con la vida militar y con las profesiones honoríficas. Tal mentalidad no inhibió en ningún momento la búsqueda de la riqueza, incluso por parte de los nobles, y se basaba, naturalmente, en una ilusión y engaño propios. En cualquier caso y tal como estaban las cosas, el industrial o comerciante alemán sabía que no podía permitirse relajar su actividad, si quería conseguir un lugar para sus productos en el mercado. Por tanto, se encontraba más entregado a sus actividades que sus colegas ingleses o franceses. Abandonaba simplemente los asuntos políticos y el establecimiento de modas sociales a manos de la clase gobernante tradicional.

Otro rasgo del desarrollo industrial alemán que tendió a limitar la amplitud de la industrialización, fue la supervivencia del campesinado. Aunque habían desaparecido algunas propiedades en el este, no por ello habían dejado de existir algunos campesinos prósperos en aquel mismo lugar. En el resto de Alemania, a pesar de las vicisitudes sufridas por la agricultura en la década de los cuarenta y durante la Gran Depresión, el campesinado continuaba siendo una fuerza sustancial dentro de la sociedad. La presión sobre la tierra que acompañó al crecimiento demográfico, se vio aliviada por la emigración a gran escala y por el constante desplazamiento hacia las ciudades. Además, la agricultura se hizo más productiva a medida que los métodos modernos de cultivo se fueron extendiendo y la patata y la col se fueron sumando al trigo y al centeno como elementos básicos de la dieta alimenticia. Hasta la década de los setenta Alemania se mantuvo como exportador neto de productos alimenticios. Pero ni siquiera la conservación de un inmenso sector agrario pudo evitar la creciente dependencia con respecto a las importaciones, a partir de este momento. La adopción de una política proteccionista y de otras medidas destinadas a sostener la agricultura y preservar tanto a la gran propiedad productora de cereales como a la pequeña granja campesina de la plena pre-

sión de las fuerzas de mercado, acarrió dudosos beneficios a la economía alemana y posiblemente tuvo un efecto ruinoso sobre el desarrollo social.

La conservación de un sector agrario más amplio de lo que hubiera sido sin ayudas «artificiales», elevó los costes de los alimentos y materias primas producidos en el interior y tan sólo fue posible sobre la base de una protección arancelaria general. Es de suponer que con ello se puso un freno al desarrollo industrial y se mantuvo el nivel medio de ingresos per cápita por debajo del que podría haber alcanzado. En el debate entre los tradicionalistas, que deseaban conservar una gran masa de población rural, y los defensores del estado industrial, ninguno de los dos bandos alcanzó una clara victoria que pudiera encontrar expresión a través de directrices políticas. En sustitución se llegó a un compromiso, por medio de la carta arancelaria, que tan sólo podía producir tensiones y contradicciones. El mercado interior para la industria alemana creció más lentamente de lo que lo hubiera hecho, si el sector agrario hubiera sido más reducido. Al mismo tiempo, su creciente capacidad productiva la obligó a buscar salidas en el mercado mundial; pero, a pesar del aumento de las importaciones vencedoras de las medidas arancelarias, el mercado de productos extranjeros se mantuvo por debajo de los límites que debiera haber alcanzado. Por la época en que Alemania se convirtió en un país capitalista avanzado, pudiera haberse esperado de su balanza de pagos que mostrara un mayor excedente del volumen de importaciones.

Aunque nunca se persiguió la autarquía como política deliberada y aunque en el período Caprivi se llevó a la práctica una política de reducción arancelaria —previo acuerdo—, la política proteccionista distorsionó las relaciones de la economía alemana con la economía mundial, limitando su extensión en algunos aspectos. Como resultado, la industria buscó mercados seguros en el interior y en el exterior y la influencia de la industria pesada en la economía global siguió siendo excesiva. Fue la industria pesada quien buscó

una alianza con los grandes intereses agrarios que favoreciera una política exterior activa y colonial y defendiera grandes presupuestos para el ejército y para la construcción de una flota poderosa. Esto armonizaba muy bien con las fuerzas tradicionales y conservadoras de la burocracia y de la clase gobernante, y consolidó aún más la alianza que el carbón y el acero habían establecido con el trigo y el centeno. No podemos dudar de que Alemania pagó por ello, no sólo mediante una política exterior arriesgada que le valió la enemistad de Inglaterra, de Rusia y de Francia, sino también con un nivel de vida antes de 1914 más bajo que el que se hubiera podido alcanzar.

Quienes salieron beneficiados, aparte de los magnates de la industria pesada, de los grandes bancos y de los accionistas de estas compañías, fueron probablemente los propietarios de Alemania Oriental, que se vieron ahora financiados con eficacia, y el campesinado, que sobrevivió como estamento. Para este último, sin embargo, la supervivencia no fue siempre fácil; y, si bien muchos campesinos pasaron a engrosar la mano de obra de las fábricas, no escaparon a las vicisitudes propias de pequeños productores en una economía de mercado. Muchos campesinos se vieron seriamente perjudicados por hipotecas y otras deudas, a pesar de los esfuerzos de los bancos y cooperativas de crédito, y vieron su nivel de vida sobrepasado por el de la pequeña burguesía urbana y el de la clase trabajadora. El resentimiento existente entre las filas más pobres del campesinado pudiera haber servido de base para una reacción política, a pesar de los sentimientos *Volkisch* que se habían extendido por Alemania y que apuntaban hacia el racismo y el antisemitismo.

La industrialización alemana demostró su compatibilidad con la existencia de una clase gobernante agraria firmemente arraigada y con un estado dinástico de estampa militarista y conservadora. Su advenimiento se hizo sin la destrucción del campesinado como clase y concedió oportunidades de supervivencia a los sectores campesinos prósperos que producían

para el mercado. Es más, la supervivencia y prosperidad del campesinado o de sectores importantes de él parecían contradecir las expectativas que del desarrollo capitalista tenían los marxistas y otros grupos, derivados de la experiencia inglesa. Si se considera todo ello a la luz de las peculiaridades del desarrollo económico y social alemán, quizá no resulte tan sorprendente. No se había permitido la libre y plena actuación de las fuerzas de mercado, a causa de la supervivencia en algunos sitios del poder político de una clase dirigente apoyada en el sector agrario. Esta clase dirigente efectuó realmente en Alemania Oriental una reforma agraria desde arriba y, como resultado, muchos campesinos tuvieron que abandonar la tierra. Por otro lado, esta clase dirigente no tuvo interés en atacar a aquellos campesinos más prósperos ya existentes o establecidos en el período que siguió a la abolición de la servidumbre. Tampoco se había interesado el terrateniente de otras partes de Alemania en dirigir o explotar personalmente su propiedad en la misma medida en que lo había hecho el terrateniente inglés. De esta manera, los campesinos pudieron conservar el control de la tierra y de las operaciones agrícolas, al tiempo que no sufrían ningún riesgo de desposesión, a no ser bajo la presión de las fuerzas de mercado. Es cierto que en algunos lugares había propiedades reparceladas que constituían explotaciones bastante amplias, pero aun allí dominaban las explotaciones familiares y las tenencias de los colonos. Los cambios que experimentó el campesinado con el despertar de la industrialización provinieron de las fuerzas de mercado restringidas y modificadas por gobernantes interesados, no en acelerar la desaparición del campesinado, sino en su conservación por razones económicas y sociales.

Si la antigua clase dirigente y el campesinado sobrevivieron durante la era industrial, lo mismo sucedió con un número importante de artesanos de viejo cuño y de pequeños empresarios y comerciantes cuyas actividades no guardaban relación con la industria moderna y podían verse amenazados por ella. El con-

trol gremial de las ocupaciones artesanas continuó hasta la década de los sesenta, es decir, mucho después de su desaparición en Inglaterra, Francia y otras partes de Europa occidental. Las nuevas leyes que regían el derecho de entrada en estas ocupaciones y en otras profesiones, se limitaron a anular los poderes obligatorios de los gremios, que continuaron existiendo como organismos voluntarios e influyentes. Al igual que en otros países, la industrialización fue un proceso fragmentario, debido por una parte a razones geográficas y por otra a que sólo ciertas actividades estuvieron afectadas al principio por la mecanización y la organización a gran escala. En grandes áreas del país la vida siguió exactamente igual que antes, con ciudades-mercado que proveían las necesidades de las regiones adyacentes y albergaban a sus artesanos. La creciente prosperidad nacional supuso en algunos casos la posibilidad de florecimiento del pequeño productor, de descubrir nuevos campos y de subsistir en mayor número. En resumen, Alemania siguió mostrando hasta entrado el siglo xx —y en mucho mayor grado que Inglaterra— algunos de los rasgos propios de una economía dual.

La supervivencia del artesano estaba, naturalmente, ligada a la conservación de una sociedad rural y campesina. Fue en la pequeña ciudad de las áreas básicamente rurales, donde mejor se mantuvo. En la vecindad de las nuevas áreas industriales, muchos artesanos y trabajadores de posición social aproximada se encontraban desplazados o amenazados por los métodos fabriles. Una parte por lo menos de la creciente clase trabajadora de la segunda mitad del siglo XIX debía haber estado compuesta por artesanos (en una amplia acepción del término) que, aunque sus ingresos fueran mayores en la fábrica, sentían que su habilidad había sido degradada y sufrían un sentimiento de frustración. Este tipo de resentimiento del antiguo artesano contribuyó a la fundación de un movimiento obrero, particularmente del estilo Lassalliano. Aquellos artesanos que continuaron en sus antiguos quehaceres y cuyo número seguía mantenién-

dose, buscaron otras salidas a su sentimiento de inseguridad. Mientras el proletariado se resignó al crecimiento de la gran industria, los artesanos intentaron detenerlo; miraban hacia atrás soñando en un pasado idílico y encontraron portavoces entre los intelectuales y conservadores románticos que creían también que la industrialización estaba destruyendo algo precioso de la antigua Alemania.

Hasta cierto punto, pues, existía oposición al industrialismo entre la antigua clase dirigente agraria, el campesinado y los artesanos, del mismo modo que existía una tendencia que los llevaba a coincidir en la defensa de políticas restrictivas y conservadoras. De estos estratos preindustriales provino una hostilidad parecida hacia muchas de las manifestaciones del capitalismo industrial; una búsqueda de posición en una sociedad cada vez más dominada por los vínculos monetarios, un mayor énfasis en las relaciones de comunidad que de mercado y una desconfianza general en las ciudades —especialmente en el banquero y en el judío—. Tales sentimientos encontraron un eco muy amplio entre la clase media, más especialmente entre los pequeños comerciantes e industriales, entre los círculos profesionales provincianos, en el ejército y en las universidades. Todos ellos convergieron en la formación de una amplia infraestructura de sentimiento nacionalista y vagamente anticapitalista, sentimiento inconsistente y contradictorio, irracional y reaccionario, que proporcionó una plataforma ideológica, hasta cierto punto incongruente, para las aspiraciones alemanas al poder mundial. Siguió mostrándose hostil y antagónica hacia la república de Weimar y constituyó la materia prima del Nacional-Socialismo.

A pesar de las grandes conquistas hechas por la industrialización en Alemania, su capacidad de remodelación de la sociedad fue considerablemente más limitada que en Inglaterra. Arrostró consigo muchas reliquias preindustriales que empezaron a adoptar nuevas formas a medida que entraban en combinación con una economía de mercado y un poder industrial. Después de la formación del Reich, la función

del estado —dominado aún por los intereses dinásticos y del estamento agrario superior, que, sin embargo, celebraron una estrecha alianza con la nueva aristocracia del dinero— empezó a cobrar importancia de nuevo. Fácilmente puede caerse en la exageración al explicar la contribución del estado (es decir, de Prusia) a la preparación de las condiciones precisas para un temprano advenimiento industrial en Alemania. Hasta la década de 1840, su influencia en sectores tales como el dinero y la banca, la ley comercial y de sociedades, el transporte y la construcción de ferrocarriles, fue en general conservadora y conforme a la tradición preindustrial del siglo XVIII. Después, su principal contribución avanzó por los derroteros de la liberalización: libertad de comercio interno de acuerdo con el *Zollverein*, moderación arancelaria y firma de tratados comerciales y la virtual puesta en vigor legal —en asuntos comerciales— del programa de la Manchester School. El retroceso hacia el intervencionismo fue consecuencia de la Gran Depresión de los años setenta, causante de un colapso industrial a la vez que de una caída en picado de los precios agrícolas.

Con la consolidación de la alianza agrario-industrial mediante el Decreto Arancelario de 1879, quedaba expedito el camino para una política de intervencionismo estatal de nuevo cuño. Tal como la concibió inicialmente Bismarck, se trataba de una adaptación de las viejas estructuras a las circunstancias cambiantes, que concediera al estamento y dinastía gobernantes la seguridad de su supervivencia en los nuevos tiempos. La industria y la burguesía industrial, que podían haberse transformado en un serio rival del sector agrario, necesitaban ahora del apoyo gubernamental para defender su propio mercado interior frente a la intensificación de la competencia inglesa. Tuviron que aceptar, en consecuencia, una política de proteccionismo agrario defendida en estos momentos por los *Junkers* —que en otros tiempos habían gozado de libertad de comercio—, como corolario de sus propias peticiones. A Bismarck, el arancel le confirió la

independencia financiera necesaria para evitar la repetición de la crisis constitucional que le había llevado al poder a principios de la década de los sesenta. Su política incluía ahora una firme defensa de la propiedad privada —para lo cual declaró ilegal al Partido Social-Demócrata— y un esfuerzo por asegurar la lealtad al Reich de la clase trabajadora, cosa que consiguió mediante el establecimiento de un sistema de seguridad social patrocinado por el estado. Entretanto el estado fue extendiendo con pasos firmes su control del sistema ferroviario, de manera que pronto se vio capacitado para manipular las tarifas de transporte a fin de defender con ellas el mercado interior al tiempo que estimulaba las exportaciones.

La inspiración de la política social e industrial alemanas de fines del siglo XIX debe buscarse en una ininterrumpida tradición de paternalismo estatal, que intentaba por aquel entonces acomodarse a los nuevos problemas planteados por la industrialización. Sin embargo, había grandes divergencias en torno a si el estado debería intervenir para preservar en lo posible las antiguas estructuras sociales o bien si debería aceptar la entrega sin reservas de Alemania a la industrialización. Por ello, la legislación adoptó un carácter contradictorio. A pesar de la alianza entre la nobleza agraria y los magnates de la industria pesada, la política parecía en ocasiones inclinarse más hacia un sector de intereses que hacia el otro. El estado, influenciado por presiones de sentido contrario, tuvo que desempeñar al mismo tiempo un papel moderador. A veces parecía incluso favorecer a los campesinos frente a los grandes productores de cereales y a los artesanos y pequeños comerciantes contra las grandes empresas. Las concesiones, reales o aparentes, eran necesarias como resultado de la fuerza social y electoral que estos inversores medios podían aportar, pero no hay duda alguna de que las grandes directrices políticas venían determinadas por los intereses industriales y los de los grandes propietarios agrícolas. Sin embargo, la alianza consolidada en 1879 siguió estando sometida a tensiones debidas a la inclinación de

la balanza económica en favor de la industria y a la cada vez mayor dependencia alemana respecto a las importaciones de cereales. A pesar de este hecho y de las probables ventajas que suponía el permitir un declive más rápido del que en realidad sufrió, la Alemania industrial siguió conservando hasta 1914 un porcentaje considerable de su población activa en el sector rural. En otras palabras, en los compromisos que siguieron, tocantes a materias de política económica, los agricultores pudieron seguir manteniendo una posición fuerte.

El estado alemán fue un pionero en la promoción de la seguridad social obligatoria para la población obrera. El único fin que con ello se perseguía y que sólo se consiguió de forma parcial, fue el de apartar a la clase trabajadora de la Social-Democracia, mediante la disminución de la inseguridad ligada a la extensión de las relaciones de mercado y a la creciente urbanización. Si bien esta política no consiguió disminuir la influencia del Partido Social-Demócrata, sí consiguió —con la ayuda de la expansión industrial reemprendida por la década de los noventa— limar su filo revolucionario y convertirlo, en la práctica, en una oposición reformista cada vez más leal. Esta política fue emprendida en un contexto todavía reaccionario. Seguía imperando el estado dinástico y no había un control parlamentario efectivo sobre los poderes autocráticos que legalmente poseía. La nobleza terrateniente y la burocracia a que iba ligada conservaban sus privilegios y prestigio social, al mismo tiempo que, gracias a su influencia sobre la política estatal, retrasaban la reducción del peso específico de la agricultura dentro de la economía, que venía exigida por la industrialización. Detrás del estado se guarecieron también otros sectores del antiguo orden económico que, de este modo, prolongaron artificialmente su vida hasta el siglo XX.

La política social e industrial alemana se encontraba aún entregada a la adaptación de las viejas instituciones a las nuevas exigencias; todavía no había conseguido sintonizar plenamente con las necesidades

como en la burocracia y el ejército, los puestos elevados veíanse monopolizados por círculos relativamente angostos: una élite de cuna y rango social estrechamente unida a la nobleza terrateniente y donde muy pocos elementos ajenos podían penetrar. Una vez hubo decidido la clase media, después del fracaso de su puja por el poder en 1848, que debía aceptar esta situación, se vio libre para lanzarse a la batalla del enriquecimiento con la máxima entrega. Si el mundo empresarial no pudo borrar el estigma congénito que arrostraba en una sociedad que hasta el siglo XX estuvo fuertemente invadida por los valores de clase propios del antiguo estamento gobernante, la cuestión se reducía a considerar que no había otro campo en donde un hombre de la clase media pudiera esperar triunfar tan rápidamente y de forma tan completa.

De esta manera, la clase media alemana siguió careciendo de la influencia política de que gozaban sus correspondientes facciones sociales en Inglaterra y Francia. La tendencia francesa se inclinaba por un ensanblamiento tan completo de la burguesía en el estado, que sus jóvenes ambiciosos se veían alejados del mundo empresarial para ingresar en las filas del servicio público (o del mundo profesional). En Inglaterra, el mismo poder de la clase media industrial y comercial la capacitaba para influir en la política e invadir las instituciones sin necesidad de una confrontación aguda y abierta con una clase gobernante tradicional, con la que tendió más bien a aliarse y que únicamente pudo conservar su posición por medio de retiradas estratégicas de posiciones insostenibles. Tanto en Francia como en Inglaterra, la clase media empresarial encontró salidas para sus jóvenes ambiciosos en la política, el servicio del estado, el servicio colonial y otros sectores de la vida pública cerrados básicamente a dicha clase en Alemania. Puede decirse que allí estas alternativas eran mucho más reducidas y quizá no tan buscadas. En consecuencia, a pesar de la posición social algo más baja de la actividad crematística, ésta atrajo un mayor caudal de talentos e inspiró quizás una devoción y dedicación más asiduas

que en aquellos lugares donde se contaba con otras alternativas viables. A medida que las empresas crecieron en talla y se hicieron más burocráticas, ofrecieron un mayor número de colocaciones para hombres educados de talento medio, que encontraban en ellas una enquistación satisfactoria. El comparativo pacifismo y conservadurismo de la clase media educada de Alemania, puede contrastarse con el descontento endémico y las propensiones revolucionarias de la intelectualidad rusa. Sin embargo, en términos estrictamente políticos, la clase media apenas tenía mayor poder que el que podía tener su homónima rusa.

Preparada y dedicada específicamente a su gestión crematística, aceptando un sistema social que de hecho la condenaba a una posición de segunda fila dentro de la sociedad y alimentando, no obstante, un patriotismo militante que la hacía sentir orgullosa del creciente poder de Alemania, al que contribuía de manera importante, la clase media seguía sin tener conciencia de la peligrosa posición internacional a que estaba siendo conducido su país. Las empresas se veían obligadas a buscar cada vez mayores mercados en el extranjero, para poder colocar la producción de una industria que, construida tras unos muros de protección arancelaria, excedía en mucho la capacidad de absorción del mercado interior. Esta unilateralidad era, en parte, consecuencia de los compromisos que habíase visto obligada a aceptar con los intereses agrarios más bien que de una sencilla reflexión sobre la participación alemana en el reparto internacional de la producción. En las circunstancias mundiales de la época, la expansión comercial iba unida a un filo competitivo. Los comerciantes alemanes invadieron unos mercados que les llevaron a una lucha particularmente encarnizada con sus rivales ingleses. La industria y las finanzas buscaron esferas privilegiadas de influencia. La alianza entre la gran industria, los agricultores y los defensores de una armada poderosa y de una política mundial expansionista, habían hecho irrumpir a Alemania en la escena mundial de una manera que provocaba reacciones nerviosas en todos

hizo que una guerra de tipo y cronología determinados contra los otros países industriales, fuera inevitable.

Problema para debate:

1. Explica las razones de la tardía incorporación alemana al proceso de industrialización.

2. Examina el curso de la transformación agraria en Alemania en la primera mitad del siglo XIX, especialmente en relación a sus efectos preparatorios del terreno para el avance industrial.

3. Examina el *Zollverein* y los ferrocarriles en cuanto a instrumentos de la unificación económica alemana.

4. ¿Por qué los bancos de inversiones jugaron un papel tan prominente en la industrialización alemana?

5. «Lo que Bismarck intentó hacer fue comprimir la economía política de una época de producción masiva en la anticuada estructura de una sociedad apta para la promoción de una vida nacional preindustrial.» (R. A. Brady.) Discute esta opinión.

6. ¿Cuál fue la importancia de la ley arancelaria de 1879?

7. ¿Por qué la industria alemana de colorantes pudo ganar una posición tan predominante en los mercados mundiales antes de 1914?

8. Da razones que expliquen la rapidez de la industrialización alemana, observa sus limitaciones y considera hasta qué punto se benefició Alemania de las ventajas de su incorporación tardía.

hizo que una guerra de tipo y cronología determinados contra los otros países industriales, fuera inevitable.

Problema para debate:

1. Explica las razones de la tardía incorporación alemana al proceso de industrialización.

2. Examina el curso de la transformación agraria en Alemania en la primera mitad del siglo XIX, especialmente en relación a sus efectos preparatorios del terreno para el avance industrial.

3. Examina el *Zollverein* y los ferrocarriles en cuanto a instrumentos de la unificación económica alemana.

4. ¿Por qué los bancos de inversiones jugaron un papel tan prominente en la industrialización alemana?

5. «Lo que Bismarck intentó hacer fue comprimir la economía política de una época de producción masiva en la anticuada estructura de una sociedad apta para la promoción de una vida nacional preindustrial.» (R. A. Brady.) Discute esta opinión.

6. ¿Cuál fue la importancia de la ley arancelaria de 1879?

7. ¿Por qué la industria alemana de colorantes pudo ganar una posición tan predominante en los mercados mundiales antes de 1914?

8. Da razones que expliquen la rapidez de la industrialización alemana, observa sus limitaciones y considera hasta qué punto se benefició Alemania de las ventajas de su incorporación tardía.

GUÍA DE LECTURA: "El nacimiento de la Alemania Industrial".

1. ¿Cuáles son las ideas que sirven como punto de partida al estudio de la Alemania Industrial?
2. ¿En qué sentido debe interpretarse el subdesarrollo de Alemania en el siglo XVIII?
3. Dos hechos históricos importantes dan razón de las disparidades del desarrollo existente entre Alemania y las regiones vecinas del Oeste Europeo. Diga ¿Cuáles fueron esos hechos y qué peso tuvieron sobre los demás?
4. Tipifique las dos regiones de mayor importancia en Alemania.
5. Especifique los factores que a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX obstaculizaron la industrialización de Alemania, e indique en que forma estos mismos factores se revierten en favor de ésta.
6. Haga un breve balance acerca de las limitaciones y de los beneficios de las Reformas Agrarias de Alemania.
7. ¿Cuál es el objetivo fundamental de una Reforma Agraria? Diga si ésta tuvo que ver con una Acumulación Originaria de Capital. Explíquelo.
8. Haga una breve relación de los efectos que tuvo la Reforma Agraria en los diferentes sectores sociales, y ¿Cuál fue la actitud de estos frente al Estado?
9. El Zollverein fue una institución clave en la industrialización de Alemania. Diga: a) en qué consistió dicha institución; b) qué otros mecanismos e instrumentos se promovieron a partir de ésta en pro de la formación de un mercado interno.
10. Exponga los factores externos de carácter económico, político y social que coadyuvaron a los cambios en Alemania.
11. El capitalismo en Alemania se abrió paso por medio de una vía conservadora (Junker). Explique correctamente esta premisa.
12. ¿Cuáles son los principales elementos que explican el papel contradictorio del Estado en la gestión administrativa de Alemania en el siglo XIX?
13. ¿Cuál fue la importancia de la ley arancelaria de 1879?
14. ¿Cómo puede explicarse el arribo "tardío" de Alemania al capitalismo y su paradójica aceleración a finales del siglo XIX?